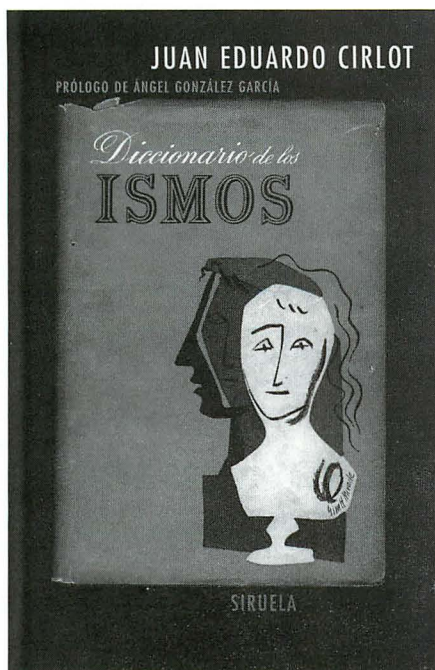


## Victoria Cirlot

(Barcelona, 1955) es profesora titular de Filología Románica. Se ha dedicado al estudio de la cultura medieval, en especial de la cultura caballerescas en todos sus ámbitos: desde el armamento hasta la literatura, y ha publicado artículos especializados, traducciones y ediciones de obras literarias. Entre sus últimas publicaciones destacan *Les cançons de l'amor de Iluny de Jaufré Rudel* (Barcelona: Columna 1996), *Vida y visiones de Hildegard von Bingen* (Madrid: Siruela 1997), *Figuras del destino: mitos y símbolos de la Europa medieval* (Madrid: Siruela 2007), *La mirada interior: escritoras místicas y visionarias en la Edad Media* (Madrid: Siruela 2008). Es codirectora de la colección "El árbol del Paraíso" de la editorial Siruela.



# Los diccionarios de Cirlot

Juan Eduardo Cirlot

**Diccionario de Ismos**

Madrid: Siruela, 2006

Juan Eduardo Cirlot

**Diccionario de símbolos**

Madrid: Siruela, 2007

Recuerdo que cuando le dije a mi padre que quería estudiar arqueología –debía tener once o doce años– lo primero que me dijo fue: “Haz un diccionario”. Y es que para él no existía mejor forma de estudio que la de hacer un diccionario. Traté de empezarlo doblando las holandesas y confeccionándome unas especies de fichas en las que en la parte superior debía escribir la voz en mayúsculas. Pero nunca llegué a hacer el Diccionario de Arqueología, ni tampoco otros, como por ejemplo un Diccionario de Mística. Un amigo editor, muy habituado a publicar diccionarios, comentaba en una ocasión la tremenda disciplina intelectual que se exige para hacer un diccionario. De inmediato deduje que carecía totalmente de ella, pues hasta la fecha sólo he sido capaz de revisar los diccionarios que hizo mi padre. Y ya no creo que nunca haga ninguno. Aunque sí es cierto que la “forma diccionario” siempre me ha interesado mucho y, en especial, me intrigaban los motivos por los que mi padre había elegido tal forma para estudiar el mundo de los símbolos. Pero no sólo escribió el *Diccionario de los símbolos*, sino que antes, en 1949, ya había publicado el *Diccionario de los ismos*, y hace poco he tenido noticias de que mientras trabajaba en *Los símbolos*, también hizo un *Diccionario de las artes*, que entregó a su amigo Ricard Giralt-Miracle (el editor que ya le había publicado *El mundo del objeto a la luz del surrealismo*), y que quedó sin publicar por problemas financieros, pero que fue cuidadosamente guardado y archivado. En el estudio de Daniel Giralt-Miracle pude ver hace un par de meses una imponente columna de fichas en las que letra tras letra y voz tras voz se iba dando entrada a las definiciones, resolviéndose así en un corto espacio problemas y problemas de la historia del arte. Al hacer la selección de las voces más im-

portantes para su próxima publicación, recordé el “juego de las definiciones” con el que solíamos amenizar las cenas. A mi padre le encantaba hacernos definir a mi hermana y a mí desde los objetos más banales hasta los más ignotos, lo que sólo conseguíamos con dificultad dado el nerviosismo que suponía para nosotras la improvisación inmediata ante la pregunta, sin complicaciones aparentemente, de ¿qué es una mesa?

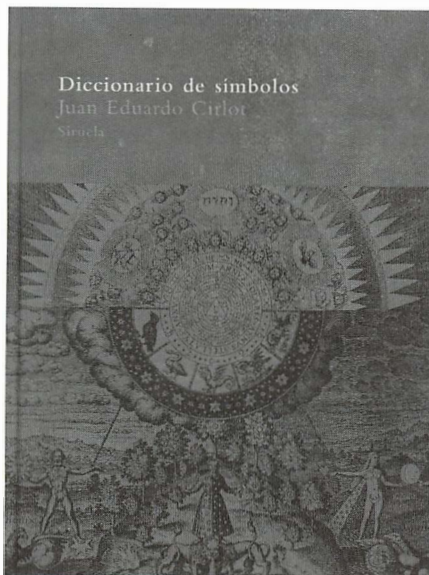
¿Por qué un diccionario?, me preguntaba mientras reunía algunos materiales para escribir el epílogo al *Diccionario de los símbolos* en la reedición de Siruela de 1997. El propio Juan Eduardo Cirlot había respondido a esa pregunta en una entrevista publicada en 1967 en la que sostenía que con su obra había dado nueva vida a un género, el de los antiguos tratados de simbolismo y emblemática, por lo general, alfabetizados. De este modo, el autor del *Diccionario de símbolos* se presentaba a sí mismo fiel a una tradición y colocaba su libro al final de una larga fila iniciada en los siglos XVI y XVII. Sin embargo, me pareció que no debía tratarse sólo de un afán mimético, sino que después de varias lecturas del Diccionario en busca de erratas, tuve la sensación de que la ordenación del conocimiento por el alfabeto correspondía a una manera peculiar de entender el mundo. La certeza de que así debía ser, me la dio Walter Benjamin, que en un momento de su monumental obra inacabada acerca de los Pasajes parisinos, comparaba coleccionismo y diccionario, entendiéndolo que respondían ambos a una misma “disposición mental”. Y es que si hay algo por lo que se definió mi padre a lo largo de toda su vida fue justamente por ser “coleccionista”: coleccionista de espadas, de monedas, de cuadros, de objetos... Así pues, los diccionarios tenían que situarse junto a las co-

lecciones, formaban parte de lo mismo: piezas o voces, objetos o palabras, se reunían según un orden en apariencia convencional para formar un mundo, una totalidad. En el prólogo que escribió Ángel González al *Diccionario de los ismos*, también reeditado en Siruela (2006), hacía una diferencia entre “los que tienen mundo” y “los que no lo tienen”. No tengo ninguna duda de que mi padre tenía “mundo”, “El mundo de Juan Eduardo Cirlot” se llamó la exposición-homenaje organizada por el IVAM de Valencia (1996), y eso no era sólo un buen título, sino que era una verdad literal.

Paradójicamente tanto los diccionarios como las colecciones son círculos cerrados que intentan abarcarlo todo, y justamente por ello son espacios abiertos a horizontes lejanísimos, dado lo quimérico de la pretensión. Nunca está todo dentro y por ello hay que buscar y buscar, perseguir las piezas, añadir aquella que falta... y la otra, y la otra. Las distintas reediciones del *Diccionario de símbolos* me hicieron comprender esa cualidad, porque cada vez que se reeditó, mi padre tuvo que añadir nuevas voces: en 1962 con la edición inglesa de Routledge and Kegan Paul, en 1969 en la nueva edición de Labor, en 1971 en la edición americana. Por ello, puede decirse que el *Diccionario de los símbolos* le ocupó toda su vida, pero no sólo eso, sino que fue el “Libro de la vida” en el sentido de que era ése el libro, el único, el mismo, que le iba acompañando en su trayectoria vital y al que iba dando forma según ésta, del mismo modo que su despacho integraba los nuevos objetos adquiridos, sustitutos en muchas ocasiones de otros anteriores.

Igualmente paradójico resulta el orden al que debe someterse el diccionario, porque por un lado, el abecedario se presenta como un orden totalmente convencional y, por otro, parece ocultar el orden necesario, el simbólico. Sólo el azar hace que la voz “abanico” esté justo antes de la voz “abeja”, pero ¿no revelará eso quizás insólitas relaciones entre las abejas y los abanicos? Encuentros fortuitos, pero no por ello altamente significativos. Claude Lévi-Strauss escribió un artículo en donde mostraba la absoluta semejanza que existe entre un paraguas y una máquina de coser.

Recuerdo que a mi padre le molestaba inmensamente que la gente creyera que su *Diccionario de símbolos* era una obra “de consulta” y que, por tanto, leyera aisladamente aquellas voces-símbolos que pudieran interesar en un momento y por un motivo determinado. Siempre dijo que la manera adecuada de leer el *Diccionario*



*de símbolos* (y también de sus otros diccionarios) era hacerlo linealmente de la A a la Z. En efecto, sólo así es posible percibir su unidad, su totalidad, el anhelo que está detrás de la construcción de una obra como ésta. El carácter fragmentario que impone el orden de las voces se contrarresta y se supera en ese tipo de lectura, lo cual naturalmente no contradice la función oracular que le podamos prestar según la necesidad: el Diccionario puede abrirse por el lugar que se quiera, y los símbolos que aparecen en la página pueden tomarse como respuestas a la pregunta formulada.

En cualquier caso, para su autor el Diccionario era la forma idónea de estudio y era ésa su función primera: abrir un espacio ordenado en que cada cosa fuera sometida a examen y análisis. En el caso del *Los símbolos* era además el lugar para la “comprobación objetiva” de las vivencias oníricas y líricas. La objetividad se emparejaba así con la “forma diccionario” en la que sólo de repente, pero como en un aluvión, hacia su entrada el Yo del poeta, del crítico, de la persona. Los diccionarios son tremendamente jánicos porque, según se lean, ofrecerán el rostro de la objetividad o el del sujeto. Cuando leí recientemente *Los ismos*, en contra de lo que me esperaba, me pareció la obra más subjetiva de mi padre, en la que mejor se podía leer de arriba a abajo su *Weltanschauung* a finales de los años cuarenta. Y en *Los símbolos* siempre me sobresalta la aparición de símbolos de carácter subjetivo, del simbolismo *qui cherche* como decía Ananda K. Coomarswamy, no sólo porque reconozca en muchos el vocabulario de la obra poética sino porque en el interior del libro hay algo que se mueve. En la voz “cicatrices”, por ejemplo, algo tiembla. ◀▶